

En octubre de 1857, los periódicos refirieron el caso de una pobre mujer, que combatió, por espacio de cuatro días, el hambre, que le atormentaba, bebiendo el agua cenagosa y fétida de una cloaca.

Por último, la infortunada Irlanda, á quien ha explotado y sacrificado siempre la codicia inglesa, ha podido registrar, en uno de sus censos, la enorme cifra de 21.770 irlandeses muertos de hambre. Así lo asegura uno de los periódicos médicos más acreditados: el *Medical Times*.

¡¡¡21.770 hombres, MUERTOS DE HAMBRE, en el seno de una nación civilizada!!!

Todo comentario es inútil, ante la terrible elocuencia de estas cifras.

El horror, que brota de esos números, me impone silencio.

Roma, señor, la Roma de los Papas no ha visto todavía el espectáculo de un hombre muerto de hambre; y espero que no lo verá, excepto el caso de que la Revolución italiana consume el gran crimen de clavar su bandera roja, en las siete colinas de la Ciudad Eterna.

Ni Turín, ni Florencia habían visto á las turbas amotinadas, pidiendo pan y trabajo; y lo vieron después que tuvieron *la dicha* de formar parte del *nuevo reino de Italia*.

¿Qué tendría de extraño que, *á los gritos y á los tumultos, por hambre, sucedieran las agonías, por hambre, y la muerte, por hambre?*

Nada, indudablemente; esto sería un progreso de la Revolución; y, á lo menos, tendrían los famélicos agonizantes el *consuelo* de morir, después de escuchar un himno á la libertad, mezclado con ¡vivas! entusiastas á la República y ¡muera! furiosos al Papa-Rey, al *gobierno de los frailes* y al *despotismo de los curas*.

Ya es tiempo de que os ponga, de relieve, para que las toquéis la caridad de Roma y la de Londres.

Mas, las dimensiones de esta carta me imponen el deber de reservar este punto para la próxima.

Vuestro atento servidor

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, 25 de octubre de 1870.

*
* *

CARTA SEXTA

Señor Dr. D. Francisco de P. González Vigil.

Muy respetable señor:

Roma es la patria de la caridad.

Jesús, que nos trajo á la tierra esta hija del cielo, en el tabernáculo de su corazón divino, dejola confiada á sus apóstoles, en prenda de su infinito amor.

El Salvador fundó para siempre la caridad en el mundo, cuando dijo á sus discípulos: "Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem sicut dilexi vos". Jamás había escuchado la humanidad un lenguaje semejante.

La práctica y la enseñanza de este sublime mandamiento fueron, desde el principio, distintivos de los verdaderos cristianos, á tal punto, que el mutuo amor de los discípulos de Jesucristo era una maravilla asombrosa para los adoradores de los ídolos.

La caridad cristiana cambió muy pronto la faz del universo.

Las soberbias mansiones de los ricos, suntuosas

moradas del lujo y del placer, fueron, poco á poco, sustituidas, ya, por magníficos templos, que debía llenar con su gloria la Majestad del Altísimo, ya por espléndidos palacios, que convidaban un asilo generoso á las miserias de la humanidad y recibían al pobre, con honor y con respeto.

Roma fue la primera que dio el ejemplo de esas magníficas instituciones de la caridad, que son y serán la eterna gloria del catolicismo.

De ella las aprendió el mundo.

Pero, injusto é ingrato, como siempre, no tardó en arrancarlas á la soberana dirección de la Iglesia para entregarlas á *Sociedades laicas de beneficencia*, bajo la tutela y dependencia del Estado.

Las palabras *amor* y *caridad* eran viejas, y además, tenían el defecto de hallarse en el Evangelio y de ser consagradas por el uso de la Iglesia católica, era urgente reemplazarlas, y buscáronse otras dos: una oficial y técnica: *beneficencia*; otra vulgar y común: *filantropía*; y, desde entonces, hicieron pacto los oradores y los escritores de no emplear nunca las primeras, sino, únicamente, las segundas. Queríase *naturalizar* la caridad; y fue el primer paso mudarle nombre.

Los Gobiernos quisieron demostrar á la Iglesia que no necesitaban de ella para socorrer al pobre.

Con este fin, se apoderaron de todas las instituciones, que ella había fundado, y de todos los bienes, con que la piedad de sus hijos había provisto á su conservación é incremento; y, luego, *lleno de celo por el bien del pobre*, la eliminaron completamente, como á un *mal administrador*.

En seguida, instituyeron juntas de beneficencia, y, como para ejercitar *esta virtud*, no era necesario ser *católico*, admitiéronse en ellas al protestante y al judío.

Hízose de todos los bienes un fondo común, *propor-*

cionalmente aplicable á los diferentes institutos; por supuesto, echáronse el olvido todos los legados, que instituían obras de piedad, porque, según el *nuevo evangelio de la filantropía*, muy semejante, sin embargo, á la antigua doctrina de Judas Iscariote el ingrato, avaro, pérfido y traidor discípulo de Jesús, *mejor curar un enfermo que decir una misa*; importaba poco que el dinero hubiera sido dado, *con el único objeto de que se dijese la misa*. Los *naturalizadores* de la caridad y *fundadores* de la *beneficencia* para nada necesitaban *misas, fiestas ni novenas*; era doctrina rancia que la *caridad* había menester del *rocío sobrenatural* de la *gracia de Dios* para arraigarse, extenderse y fructificar; la doctrina nueva, encerrando el gran problema de la caridad dentro de los estrechos límites de una especulación humana, le dio la misma solución, y dijo: para ejercer la *beneficencia*, en grande escala, sólo necesito una gran suma de dinero. Fieles á este principio, de nada cuidaron tanto como de aumentar sus ingresos; y aquí tuvo su origen ese gran sistema de *explotación y sacrificio del pobre, en beneficio del pobre*, que forma el espíritu de la *beneficencia laica organizada á la moderna*.

Cuando se ejercitaba la caridad á la *antigua*, bajo la saludable influencia del espíritu católico, era cosa sabida que los fondos de los institutos piadosos y de misericordia, eran, generalmente, el asilo de la clase media, en la que suelen encontrarse, con tanta frecuencia, la *mucha virtud* y la *poca riqueza*; y lo eran, por la moderación de sus precios, por la suavidad de las condiciones del arrendamiento, por las esperas concedidas á los inquilinos, teniendo en cuenta la estrechez de sus recursos, por las remisiones de deudas ó su solvencia, á largos plazos y en cortas cantidades, hechas, en nombre de la caridad, para enjugar las lágrimas de la honrada matrona ó de la virgen pudorosa, y no

arrojarlas á todos los peligros y á todos los tormentos de la mendicidad vergonzante.

Así, no se daba el escándalo de quitar el pan de unas bocas para darlo á otras, y la Iglesia, que confunde en su corazón maternal todas las miserias, todos los dolores, todos los infortunios de la humanidad, aplicaba á aliviarlos las rentas de sus institutos de piedad y de misericordia; y hacía bien, porque siendo la caridad una é indivisible, no se puede socorrer á unos con las privaciones de otros, y porque de esta manera, y siguiendo esta conducta, conservaba la Iglesia el tipo cristiano del valor de la propiedad; lo cual era, á un mismo tiempo, una lección de moral pública, un gran ejemplo de justicia y equidad y un dique opuesto á la avaricia de los propietarios.

Así la caridad era fecunda.

Del pecho enternecido de esas innumerables familias consoladas y socorridas por las fundaciones pías ó de caridad se levantaba, hasta el corazón de Dios, una oración embalsamada por el aroma de la gratitud, y Dios sonreía, desde el cielo, al ver el ósculo de paz, que se daban en la tierra las miserias de sus hijos; y esa sonrisa multiplicaba los donativos y las fundaciones.

¡Oh seno maternal de la gran comunión de la caridad católica!

¡Bendito seas!

Los modernos filántropos no han procedido de esta manera.

Imitando á los herejes, que dividen la fe, con el pretexto de conservarla pura, han mutilado la caridad, con el fin de ejercitarla mejor.

Por eso la han encerrado en el estrecho límite de las necesidades corporales. *Curar enfermos, criar niños y sustentar inválidos*: he aquí los principales objetos de la *beneficencia moderna*. Esto, por otra parte, es lucrativo; porque, siendo estos beneficios *ruidosos, tan-*

gibles, apreciables por cifras, atraen á las juntas organizadas para distribuirlos *influencia, prestigio, respetabilidad*, y hasta *cierta autoridad en el Estado*, cosas todas muy apetecibles, en sí mismas, y muy digna recompensa de los sacrificios, que se imponen sus miembros, en obsequio de los pobres.

Pero, hay también los dolores del alma; hay tristezas amargas del corazón, hay terribles infortunios, que marchitan en un día la flor de la felicidad; hay formidables peligros para la inocencia; hay reverses inesperados, que cambian en duelo las alegrías de la víspera, y, más tarde, en pan duro los exquisitos manjares, en estrecha vivienda la magnífica casa y en pobre estera la riquísima alfombra; hay situaciones horribles, en que la infamia y la ruindad sitian por hambre al candor y á la inocencia; hay crímenes ocultos, que el mundo no conoce y que llevan al seno de las familias, la deshonor y la miseria;.....hay todo un mundo de dolores, de amarguras y de angustias en el orden moral, en la región de los espíritus, en el fondo de las conciencias, que no son, por cierto, los gritos del expósito, ni los quejidos del enfermo.

Ah! Sí que los hay, pero no entran en vuestro programa, ¡oh *filántropos modernos!*

Aquí no hay *cuerpo, llagas, fiebre, ingresos, egresos, cuentas, papeles*; os faltan, pues, los instrumentos de *hacer caridad*; no podéis hacerla.

Por otra parte, el curioso de la ciudad y el viajero que la pasea, no se interesan en saber cómo se socorren esas miserias ocultas; pero si preguntan cuántos hospitales hay, cuántas casas de huérfanos y cuántos asilos de mendigos, y qué suma se invierte anualmente en fomentar estas obras de beneficencia; y es muy *honroso* y muy *grato*, y muy *satisfactorio*, poder contestar á esas preguntas, y presentar justificada la aplicación del sistema filantrópico con memorias anuales, que demues-

tren la buena inversión de las rentas, su crecimiento proporcional y el estado floreciente de las casas, que se inspeccionan ó administran.

De aquí, la desentendencia que se nota en las sociedades de beneficencia, organizadas por el Estado, por todo lo relativo á lo espiritual, aún en las casas de beneficencia corporal, que están á su cargo.

Es muy curioso lo que la filantrópica moderna ha hecho con la Iglesia católica.

Vióla ejerciendo la caridad; vio la gloria, que le procuraba tan noble ministerio; sintióse picada de envidia y quiso explotar esa gloria, en provecho propio.

Entonces dijo para sí: en la caridad hay dos fases; la una, espiritual, secreta, laboriosa, que consiste en entristecerse con los tristes, sufrir con los que sufren y llorar con los que lloran, y en consolar esa tristeza, aliviar esos sufrimientos y enjugar esas lágrimas, consagrando á este nobilísimo fin, no sólo su dinero, sino también su tiempo, sus pensamientos, sus afectos y todos los tesoros y todos los recursos del amor; la otra, corporal, pública, cómoda, que consiste en erigir hospitales, casas de expósitos y manicomios y en administrar sus fondos; pues, bien, de esta segunda me encargaré yo, que, al fin, trae consigo honra y gloria, dejándole á la Iglesia la primera; me apropiaré de sus bienes que multiplicaré, por todos los medios imaginables, para administrarlos, con más orden y más pureza; y cuando me haya vestido y engalanado con sus glorias no perderé ocasión de reprocharla y afrentarla.

Así lo dijo la filantropía moderna, y asimismo lo ha hecho.

Consecuente con estos principios y con estas intenciones, entró resueltamente en el camino de la usura.

Calculó friamente el fruto máximo de los bienes, que administraba, y lo puso como base de todos sus contratos, buscando, siempre, su alza probable en las

eventualidades de la competencia y del concurso. No conforme con esto, rodeó sus contratos de tantas y tales condiciones, que significaban lo siguiente: para mí todas las ventajas y ningún peligro. De esta manera, la filantropía aplicó á la administración de los fondos de la caridad las reglas usurarias de un mercantilismo judaico, é hizo, en nombre del amor al pobre, lo que la moral prohíbe hacer á un simple propietario.

Ni se limitó á esto.

Como no la movía á socorrer al pobre el verdadero espíritu de la caridad, sino un egoísmo, tanto más refinado, cuanto más oculto, no veía en el indigente sino un *ser importuno, á quien era preciso auxiliar para salir de él*. Por esto inventó una ley, que amordazase los labios del pobre, y otra que mandaba recogerlos de las calles, lo mismo que la baja policía recoge las basuras y las inmundicias, para encerrarlos en un asilo, que tuvo el tino de convertir en cárcel.

Los ojos de la filantropía moderna, hartos acostumbrados á ver *encantadoras bellezas*, no eran bastante fuertes para mirar el repugnante aspecto de un mendigo; sus oídos, muy habituados ya á escuchar *plateadas voces y acordes musicales*, sufrían mucho, al escuchar la voz importuna y desagradable del pobre, que pedía una limosna, *por amor de Dios*; y, luego los *androjosos y mugrientos vestidos del pobre* eran un reproche elocuente de las superfluidades del lujo y de los refinamientos de la molicie; y, también, la presencia de un pobre, hacía venir á la memoria el pensamiento de la muerte, y ponía delante de los ojos la inestabilidad de las cosas humanas, y removía los abismos de la conciencia, y hacía pensar en la eternidad y levantaba el corazón hasta Dios, cosas todas, que ni son muy del gusto de la filantropía, ni son *de tono*, en la época presente.

Todas estas razones, que yo no invento, sino que

he leído, en los libros, folletos y periódicos *de la escuela*, la resolvieron, finalmente, á suprimir la mendicidad ó en otros términos, el *ejercicio público de la limosna*.

Roma, señor, ni ha hecho, ni hará nunca semejante cosa.

Esto servirá para explicaros porque, sin embargo de haber en la Metrópoli del Catolicismo menos pobres que en otros lugares, son mucho más visibles, que en otras partes. Allí no se les persigue, *con el mismo celo con que se persigue á un criminal*; allí se honra y se respeta á los pobres, y ¿cómo no? si Jesucristo los honró y ennoblecó su estado, y ellos fueron siempre los únicos cortesanos de nuestro Monarca coronado de espinas.

Por otra parte, Roma conoce la acción moralizadora del pobre y su destino providencial, en el seno de las sociedades cristianas, y nunca será cómplice de un sistema que intenta arrancar al pobre de la comunión social. La presencia del pobre es santificadora y la pobreza, llevada con resignación y con honor, es un carisma del Espíritu Santo. Además de esto, el pobre es una ocasión permanente de buenos pensamientos, de santos deseos y de nobles acciones, y, bajo este aspecto, influye en el mejoramiento moral de la familia y de la sociedad.

¡Oh tiernas y encantadoras escenas realizadas por ese sublime encuentro de la *pobreza*, que pide y de la *riqueza*, que da!

Ved ese pobre golpeando con su bastón la puerta de la habitación del rico. Al verlo, han interrumpido sus risas y sus juegos los niños de la casa y han corrido al punto, dando saltos de alegría, á participar á su mamá la llegada del pobre, y á solicitar, cada uno para sí, el honor de poner la limosna en la mano del indigente y de imprimir en ella un tierno ósculo de amor y de respeto. Un niño, noble, rico, sonreído de la fortu-

na y adulado por el mundo, besando la mano de un pobre de mi Señor Jesucristo. ¡Ah! Este es un espectáculo digno de la admiración de los ángeles. Sólo tú Religión Santa, has podido hacernos gustar la infinita poesía y el inefable encanto de ver á la inocencia venerando á la pobreza; sólo tú, que nos muestras, para que lo adoremos, al pobre divino de Belén y del Calvario.

Y estas escenas, y otras muchas semejantes eran una escuela viva y perpetua, en que aprendía el cristiano, desde niño, la *humildad*, la *caridad*, la *resignación* y otras preciosas virtudes.

¿Qué ha hecho la filantropía para reemplazar todos estos bienes, que ha segado en su raíz, con la supresión legal del ejercicio público de la caridad?

Ha creado una institución y le ha puesto un nombre propio *asilo de mendigos*; ha encerrado en él á los pobres, reducidos, contra su voluntad, á ese duro cautiverio; y para subvenir á los gastos de los establecimientos, con tal objeto erigidos, ha impuesto una contribución, que se llama: *tasa de pobres*, ¿Será posible ver en todo este manejo, ni siquiera una sombra de la espontaneidad, de la nobleza, de la santidad de la caridad católica?

Las consecuencias de este sistema no podían dejarse esperar. Vánse extinguiendo, en el seno de los pueblos cristianos, lenta pero realmente, los estímulos de la misericordia; la *contribución ó tasa de pobres* es un recurso, á que apela fácilmente la conciencia del avaro y del hombre sin entrañas, para acallar sus remordimientos y eximirse de la obligación de la limosna.

Allí, donde todavía imperan las doctrinas de la caridad cristiana, se despide al pobre á quien no se puede socorrer, con la más fina y delicada cortesía. Es inimitable la fórmula empleada, con este objeto, en los pueblos de habla castellana. Encierra tales tesoros de amor y de poesía, que no podemos renunciar á repetir-

la: *perdone hermano, por el amor de Dios*. Así era como se excusaba el cristiano, cuando no podía aliviar al indigente. En todos los países católicos se usaban, y aún se usan, palabras semejantes.

Los filántropos no entienden de semejantes cortesías. Despiden fríamente al pobre, y si se dignan hablarle, sólo es para decirle que han pagado *la tasa*, que les corresponde y que acudan por socorro al asilo público. Esto es de práctica común en la sociedad inglesa.

La Providencia se ha encargado de castigar este glacial egoísmo.

Creyó la filantropía que la *lepra* del pauperismo podía curarse, improvisando *lazaretos*, que denominó *asilos*, para encerrar en ellos á los pobres, como á otros tantos *leprosos*, sin fijarse en que las sociedades modernas tienen muchos gérmenes venenosos, que corroen sus más íntimos vísceras y que reproducen, en la *superficie de su blanca y lustrosa piel*, la asquerosa *lepra*, que en vano intentan combatir.

Como la enfermedad no se propaga por contagio, es inútil el sistema de aislamientos. Es indispensable si de veras se quiere cortar el mal, mejorar radicalmente la sangre del enfermo.

Ahora, señor; después de haber puesto en evidencia los caracteres cristianos de la *caridad católica* y los signos paganos de la *filantropía racionalista*, será muy conveniente examinar los resultados prácticos de su aplicación.

No quiero renunciar, en materia tan importante, al gran argumento de mi siglo: la estadística.

Que se alcen de nuevo, en el escenario de la historia contemporánea Roma y Londres, las dos ciudades rivales, que se disputan, hace tres siglos, la dominación del mundo y los amores de la humanidad.

Vedlas, una en frente de otra, y contemplad sucesi-

va y alternativamente al Papa-Rey y á la Papisa-Reina; la basílica de San Pedro y la Catedral de San Pablo; la Archibasílica de la Ciudad y el Orbe, y la abadía de Westminster; la Congregación de *propaganda fide* y la Sociedad bíblica; la biblioteca vaticana y la del museo británico; la *Civiltà catolica* y el *Times*; la casa del Santo oficio y la Torre de Londres; y, luego, abrid la historia, y leeréis, iluminadas por la luz que proyectan sus páginas, en todos los monumentos de la *ciudad antigua*: ETERNIDAD DE ROMA, en todos los palacios de la *ciudad moderna*: CADUCIDAD DE LONDRES.

Pero, dejémos á un lado las galas y exteriores atavíos, con que estas dos matronas del universo solicitan alternativamente, nuestro *amor al cielo* y nuestro *apego á la tierra*.

Hagamos una visita al fondo de su corazón para conocer los secretos de su vida íntima; apartemos la vista de vanas exterioridades, con que forman su juicio los entendimientos vulgares y siguiendo la sabia regla del Espíritu Santo: *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus; toda la gloria de la hija del Rey está en lo interior* (1); penetremos en ese sagrado recinto para ver si reina allí el Dios de la caridad ó el ídolo del egoísmo. Sólo así, podremos conocer las *ocultas grandezas* de Roma y las *encubiertas miserias* de Londres.

Roma representa la caridad antigua, con sus *limosnas*, y con sus *mendigos* y Londres personifica la *filantropía moderna* con su *tasa legal* y sus *asilos forzosos*.

¿Bajo cuál de estos dos sistemas está mejor socorrida la pobreza y aliviada la miseria?

Hagamos algunas comparaciones; y comencemos por los hospitales.

(1) Salmo XLIV v. 14.